

general Bonaparte. Este hombre extraordinario, que presentaba ahora toda su fuerza y su grandeza, mal podía ser el servidor de ningún partido. Aunque odiaba el desorden, amaba la revolución, y si bien no creía en toda la extensión de libertad prometida por ella, quería al menos que se llevase á cabo la reforma social entera que se había propuesto por objeto. Deseaba, pues, el triunfo de esa revolución; deseaba alcanzar la gloria de acabarla, de conducirla á un estado de cosas pacífico y regular; deseaba permanecer á su cabeza bajo cualquier nombre y cualquier forma de gobierno; pero ¡había reunido ya demasiada gloria y conocía demasiado sus propias fuerzas para humillarse á ser instrumento de otro poder que de la Providencia!

Recibió á Hyde de Neuville y á d'Andigné, oyó sus insinuaciones más ó menos rebozadas, y declaroles francamente que su intento era poner término á las persecuciones, atraer todos los partidos hacia el gobierno, pero sin permitir que triunfase otro alguno más que el de la misma revolución, tomada en su mejor sentido. Declaroles su voluntad formal de tratar con los caudillos de la Vendée bajo condiciones razonables, ó de exterminarlos sin dejar uno en vida. Esta entrevista, pues, nada produjo sino que el partido realista conociese mejor al general Bonaparte.

Mientras que en París se establecían tales comunicaciones entre Bonaparte y varios secuaces de los Borbones, establecíanse otras en la misma Vendée entre los cabezas de la insurrección y los generales de la república. Habíase introducido en el ejército que ocupaba la Vendée, hacia el fin del Directorio, cuando nadie sabía ya á quién tenía que obedecer, una especie de relajamiento muy próximo á la infidelidad, y más de un oficial republicano, poniendo en duda la cercana existencia de la república, había vuelto los ojos hacia el partido realista. Trocadas estas comunicaciones con el advenimiento del general Bonaparte, en vez de perniciosas llegaron á ser favorables, y tomaron los tratos una nueva dirección. Los caudillos realistas que atraían á sí á los oficiales del ejército republicano, se vieron á su vez atraídos por estos mismos oficiales hacia el gobierno de la república. Manifestáronles y les hicieron sentir la poca esperanza que debían tener de salir vencedores del que había subyugado la Italia y el Egipto, y encariáronles la de conseguir de él un régimen suave y reparador que hiciese á todos los partidos de condición tranquila y admisible. Este lenguaje no dejó de producir su resultado. Hallábase á la sazón al frente del ejército del Oeste un general entendido, leal y conciliador, de quien en muchas ocasiones se había valido el general Hoche para la primera pacificación de la Vendée; era éste el general Hedouville. Apoderóse de todos aquellos elementos y ofreció ponerlos en manos del nuevo cónsul.

Aceptólos éste inmediatamente y mandó al general Hedouville que tratase con los caudillos vandeos. Intimidados por la presencia del general Bonaparte en el poder, mostráronse dispuestos á pactar. Difícil era firmar una capitulación sobre la marcha y acordar los artículos de esta capitulación; pero un armisticio no presentaba las mismas dificultades, y se prometió firmar uno inmediatamente. Admitióse por parte del gobierno, y en pocos días Mr. de Chatillón, d'Autichamp y de Bourmont firmaron una suspensión de armas que compren-

día á toda la Vendée y una parte de la Bretaña. Convino en que se propondría otra semejante para el Morbihán y la Normandía á Jorge Cadoudal y á Mr. de Frotté. No tardó en adoptar el gobierno esta medida, pues empezó á cumplirse á principios de frimario, unos veinte días después de la instalación de los cónsules interinos. Produjo general satisfacción é hizo suponer la pacificación de la Vendée más próxima de lo que podía ser en realidad.

Ciertos rumores de igual género, relativamente á las potencias extranjeras, hicieron también esperar de la feliz estrella del general Bonaparte un pronto restablecimiento de la paz europea.

Según indicamos al comienzo de este libro, la Prusia y la España, la primera siempre reservada y fría, y la segunda siempre disgustada de la comunidad de intereses con nosotros, eran las únicas naciones que estaban en paz con la Francia. La Rusia, el Austria, la Inglaterra y todas las potencias subalternas que iban en su seguimiento, así en Italia como en Alemania, mantenían contra la república francesa una encarnizada lucha. La Inglaterra, para quien la guerra era pura cuestión de hacienda, la había resuelto por su parte estableciendo el *income-tax*, que producía ya muy pingües rentas. Su deseo, pues, era continuar las hostilidades para tener tiempo de apoderarse de Malta, ya bloqueada, y rendir con este bloqueo al ejército francés de Egipto. El Austria, enseñoreada de la Italia entera, quería arriesgarlo todo antes que soltar su conquista. Pero el caballeresco Pablo I, que se había lanzado á la guerra cediendo al impulso de su loco entusiasmo, acababa de ver escarmentadas sus armas en Zurich y hallábase vivamente resentido contra todos, y más especialmente contra el Austria. Habíanle hecho creer que ésta era la causa única de aquel revés, porque sus soldados, que debían, en virtud de un movimiento convenido, dirigirse al Rhin y ceder la Suiza á los rusos, habían abandonado demasiado pronto la posición de Zurich, dejando á Korsakow solo y expuesto á los ataques de Massena, quien, después de haberle vencido, derrotó fácilmente á Suwarow. Veía en esto Pablo I un acto de mala correspondencia, cuando no de una intención pérfida y aviesa. Excitada así la desconfianza, todo debía aparecerle bajo un aspecto contrario: decía que sólo había tomado las armas para proteger á los débiles contra la opresión de los fuertes y reponer en su trono á los príncipes que la república francesa había derrumbado, pues el Austria sombreaba con su estandarte la Italia entera y no había llamado á ella á ninguno de los príncipes destronados. Decía también que, obrando por mera generosidad, se veía burlado por los aliados, que únicamente obraban por interés propio. Inconstante por carácter, entregábase á estos nuevos sentimientos opuestos. Otro hecho le exasperó hasta el más alto punto: el pabellón ruso acababa de ser arriado en Ancona y el pabellón austriaco se hallaba enarbolado en su lugar. La culpa sólo era de un oficial subalterno, mas no por eso dejó de ser sentida profundamente.

Los sentimientos de los príncipes absolutos, á pesar de su propensión al secreto, estallan tan pronto como los sentimientos de los pueblos libres; no es, en efecto, más fácil refrenar los unos que los otros. Empezaba á saberse en toda Europa el nuevo resultado de la bata-

lla de Zurich, y no era el menos feliz para la Francia.

A esta noticia el Austria y la Inglaterra habían redoblado su vigilancia, cerca de Pablo I. El invencible Suwarow (como se le llamaba después de su encuentro con Massena) había sido colmado de distinciones de todo género; el dolor del general ruso, no obstante, permanecía tan vivo como el resentimiento del zar. Una manifestación repentina de parte de Pablo I hizo temer sobre todo su rompimiento con la coalición.

En el primer impulso de su celo por ella había declarado guerra á la España, porque ésta hacia causa común con la Francia, y aun había estado á pique de declarársela á Suecia, Dinamarca y Prusia, porque estas potencias querían permanecer neutrales. Sus relaciones con la Prusia habían quedado enteramente rotas. Pero desde los últimos acontecimientos mostrábase muy aplacado con respecto á los gabinetes contra los cuales tan mal dispuesto se halló en un principio, y acababa de enviar á Berlín un diplomático de su confianza, Mr. de Krudener, para que, presentándose allí como simple viajero, llevase á cabo la secreta misión de restablecer las relaciones entre las dos cortes de Prusia y Rusia.

Teníamos nosotros entonces en Berlín á un agente de señalada habilidad y prudencia, Mr. Otto, que después supo ligar su nombre con los actos más importantes de aquella época. Había éste prevenido al gobierno del nuevo estado de las cosas. Era evidente, en efecto, que si la decisión era la paz en vez de la guerra, la clave de la situación había de ser Berlín. La España, situada en un extremo de la Europa por su posición geográfica, y arrinconada en política por la debilidad de su gobierno, no podía prestar utilidad alguna. Pero la Prusia, colocada en medio de las potencias beligerantes, neutral á pesar de sus instigaciones, mal mirada en un principio por todos los gabinetes en el primer entusiasmo de la coalición, pero mejor juzgada después cuando el ardor sucedió á la calma, venía á ser un centro para todas las influencias, sobre todo desde que la Rusia parecía brindarla con su amistad. Lo que antes se llamó pusilanimidad en ella, empezaba á pasar por prudencia. Si aquella corte abrazaba con energía el partido con que parecían brindarla los acontecimientos, podía servir de lazo entre la Francia y la Europa, podía aún obligar que la reconociesen por mediadora con aquella táctica de que tanto uso hizo después, y con tanto provecho, de intervenir á tiempo cuando los adversarios mostraban cansancio, recogiendo todos los frutos de una guerra y de una paz que ella no hubiese hecho ni dictado. Si se hubiera arrojado á hacerlo así, no habría desempeñado un papel más digno desde los tiempos del Gran Federico.

Ocupaba á la sazón el trono de Prusia un rey joven, honrado, lleno de buenas intenciones, que amaba la paz con pasión, y que no cesaba de deplorar el yerro que había cometido su padre, malgastando en una guerra descabellada contra la república francesa la gloria militar y los tesoros acumulados por Federico el Grande. Hallándose ahora en relaciones pacíficas con la república, aprovechábase de ellas para restablecer con sus economías el tesoro dejado por el hermano de su abuelo y devorado por su padre. Tenía este rey un ministro diestro y sagaz, Mr. d'Haugwitz, dotado al más alto punto del talento de eludir las dificultades, partidario como

su amo de la política pacífica, pero más ambicioso que él, y que creía que de la neutralidad bien dirigida podrían sacarse para la Prusia mayores engrandecimientos que de la misma guerra. Así, en efecto, podía ser entonces; por lo cual instigaba á su rey á tomar con actividad el carácter de mediador y pacificador del continente. Este carácter sin duda alguna era difícil para el joven y tímido Federico Guillermo, pero podía este príncipe darle más ó menos latitud y lograr, si no todas, parte de las ventajas.

Advertido de todo aquello el general Bonaparte, desplegó inmediatamente gran diligencia en halagar á la corte de Prusia. Habíale sido cómodo en otro tiempo



Duroc

ser miembro del Instituto para figurar sólo con aquel título en ciertas solemnidades en que no quería figurar políticamente, y con especialidad en las fiestas del 21 de enero; érale cómodo hoy ser general y tener edecanes que enviar donde le pareciese conveniente. Ocurriósele la idea de seguir el ejemplo de los príncipes que al subir al trono anunciaban su advenimiento despachando grandes dignatarios á las cortes; lo mismo vino á hacer él con menos aparato, mandando á Berlín á uno de sus edecanes, lo que muy bien podía hacer el jefe de un Estado enteramente militar sin excederse de su carácter y derecho. Entre los que con este título le servían, hallábase uno, prudente, discreto é inteligente, que reunía á un exterior agradable las más cumplidas maneras: llamábase Duroc y había vuelto con su general de Egipto con cierto vislumbre en la frente de la gloria de las Pirámides. Mandóle el nuevo cónsul trasladarse inmediatamente á Berlín para cumplimentar al rey y á la reina de Prusia, y presentarse á ellos como encargado únicamente de una comisión de pura deferencia y cortesía; mas le previno que aprovechase todas las ocasiones para explicar favorablemente la última revolución que acababa de verificarse en Francia, presentándola como un retroceso hacia el orden, hacia todas las sanas tradiciones y sobre todo hacia las ideas de paz. Había de lisonjear al joven monarca y dejarle entrever que si quisiera llegaría á ser reconocido fácilmente como árbi-

tro de la paz futura. La república, fortalecida con las victorias del Texel y de Zurich y con todas las que le prometía para el porvenir el nombre del general Bonaparte, podía sin rebajar su dignidad presentarse con la oliva de la paz en la mano.

Mientras marchaba Duroc á Berlín llevó á cabo el general Bonaparte, en nombre de los cónsules interinos, muchos actos que debían tener una significación análoga por de fuera. Comenzó llamando á Mr. de Talleyrand al cargo de los Negocios extranjeros, del cual le había tenido separado por algunos días. No podía conferirse aquel ministerio á un personaje más conciliador, más capaz para tratar con la Europa, más diestro para granjearse su agrado y para lisonjearla sin mengua de la posición del gabinete francés. Más adelante tendremos ocasión de pintar este carácter singular y notable; baste por ahora decir que la sola elección de este personaje probaba claramente que, sin pasar de la energía á la debilidad, se efectuaba la transición de la política de las pasiones á la política del cálculo. Todo, hasta aquella exquisita elegancia de hábitos y maneras peculiar á Mr. de Talleyrand, era una ventaja para la nueva situación que con respecto á las potencias extranjeras se quería conseguir.

Hizo el general Bonaparte algunos otros nombramientos diplomáticos enderezados á igual fin. A pesar de que Mr. Otto, encargado de negocios en Berlín desde que dejó Mr. Sieyes aquel puesto, era un agente cumplido, sin embargo, su categoría no era entonces de bastante consideración; designósele para otro puesto, en el cual supo en breve prestar grandes servicios (1) y se nombró ministro en Berlín al general Beurnonville, antiguo amigo de Lafayette, largo tiempo prisionero del Austria, y uno de los pocos de la nobleza francesa que en 1789 abrazaron sinceramente el partido de la revolución. Era el general Beurnonville un militar franco, leal, moderado en sus opiniones, y perfectamente idóneo para representar como era debido al nuevo gobierno. El Austria, de la cual había sido largo tiempo prisionero, le inspiraba cierto enojo que venía muy al caso en Berlín, donde se miraba á aquella potencia con la misma aversión poco más ó menos que en tiempo del Gran Federico.

Teníamos de representante en Madrid á un antiguo demagogo privado de toda influencia, que no ha dejado nombre alguno en la carrera diplomática á que los acontecimientos le habían por acaso destinado. Se le substituyó con un constituyente, hombre de seso, ingenio é instrucción, llamado Mr. Alquier, el cual brilló en la diplomacia de aquel tiempo. Finalmente, para Copenhague, donde los principios de la neutralidad marítima desembozadamente violados por la Inglaterra (2) podían dar origen en favor nuestro á sentimien-

(1) Para pasar de ministro á Londres. (N. del T.)

(2) El consejo privado había publicado en Inglaterra un acta por la cual «todo buque de guerra inglés podía registrar cualquier buque neutral para ver si se contenían en él mercaderías enemigas:» este derecho exorbitante, basado en la naturaleza misma de los intereses británicos, excitó un descontento universal entre todos los Estados neutrales que se aprovechaban de la enemistad de las grandes potencias para hacer tráficos de contrabando que tarde ó temprano darían por el pie al comercio de la Gran Bretaña. Hubo repetidas reclamaciones, y fué el resultado que ninguna de las potencias interesadas reconoció como legítimo el derecho

tos que convenía cultivar, se nombró á Mr. Bourgoing, que ocupó el puesto de un tal Grouvelle, hechura del Directorio. Todas estas elecciones eran acertadas y muy propias para indicar que en las relaciones de Francia con las potencias extranjeras empezaba á prevalecer un espíritu de prudencia y moderación.

A estas elecciones quisieron los cónsules acompañar algunas medidas que sirviesen como de descargo á una imputación muy difundida entre las cortes de Europa, que consistía en decir que la república francesa violaba sin cesar el derecho de gentes y los tratados celebrados con ella. Había en verdad infringido menos que el Austria, que la Inglaterra y que todas las cortes que estaban en guerra con nosotros, el derecho de gentes y los tratados; pero estaba al uso el pretender que no podían tenerse relaciones con un gobierno movedizo, apasionado, representado sin cesar por hombres nuevos que no se consideraban nunca ligados ni por los empeños que contraían ni por las tradiciones del derecho público europeo. Con más fundamento podía devolverse aquel reproche á los gabinetes de Europa, que sin tener la disculpa de las pasiones revolucionarias ni de cambios de gobierno continuos habían obrado mucho peor. Para restablecer en el concepto europeo la política de los cónsules, empezó el general Bonaparte haciendo un acto de justicia con respecto á los desgraciados caballeros de Malta, á quienes se prometió al tomar su isla que no sería tratado en Francia como emigrado ninguno de los que pertenecían entre ellos á la *lengua francesa*. Hasta ahora no habían logrado que se les cumpliera aquella condición de su capitulación ni en cuanto á sus personas ni en cuanto á sus bienes. El general Bonaparte los puso en el pleno goce de ella.

Con respecto á Dinamarca tomó una medida de excelente efecto y de benévola equidad. Había en los puertos de Francia muchos buques daneses apresados bajo el Directorio por ley de represalias con los neutrales. Decíase que no hacían respetar con ellos los derechos de neutralidad marítima, dejándose visitar por los ingleses y permitiendo que las propiedades francesas que conducían fuesen confiscadas en su bordo. Había declarado el Directorio que se les harían sufrir exactamente las mismas violencias á que los sujetaban por su parte los ingleses, para obligarles á defender con más energía los principios del derecho de gentes en virtud de los cuales navegaban. Justo hubiera sido en verdad si teniendo fuerza suficiente para hacerse respetar hubieran rehusado emplearla; pero los desgraciados dinamarqueses hacían cuanto podían sin lograr fruto alguno, y repugnaba que se les castigase de la violencia de unos con la violencia de otros. De resultados de este sistema habían sido apresadas muchas de sus naves mercantes: el general Bonaparte las puso á todas en libertad en muestra de una política más equitativa y moderada.

Duroc, enviado á Berlín, llegó á su destino prontamente y fué presentado por Mr. Otto, que se encontra-

de visita que estaba poniendo en práctica la Inglaterra. Pero ésta continuó obrando según su principio (que era en verdad el mismo que había establecido el célebre Seldan en el siglo XVII), y ocurrieron actos de la arbitrariedad más absoluta contra buques mercantes americanos, dinamarqueses y suecos, apresados y confiscados por mera falta de fórmulas. (N. del T.)

ba aún allí. Según las rigurosas reglas de la etiqueta, Duroc, por ser un mero edecán, no podía entrar en relaciones directas con la corte; pero todas esas reglas dejaron de tener valor para un oficial agregado á la persona del general Bonaparte. Fué, pues, recibido por el rey y por la reina é invitado acto continuo para ir con ellos á Potsdam. La curiosidad tenía en aquella premura tanta parte como la política, porque la gloria, además de su brillo, proporciona sus ventajas materiales en los negocios. Ver y escuchar al edecán Duroc era en cierto modo examinar, aunque de lejos, al hombre extraordinario que llamaba la atención universal. Duroc se había hallado en las batallas de las Pirámides, del Monte Tabor y de Abukir. Hiciéronle mil preguntas á las cuales respondía sin exageración, con sencillez y mesura. Mostróse afable, cortés, modesto, profundamente sumiso á su general, y dió la idea más ventajosa de las cualidades que dicho general imprimía en todos los que le rodeaban. El efecto que produjo en Berlín fué completo; la reina le dió pruebas de la mayor benevolencia y por todas partes se empezó á hablar de la república francesa de la manera más ventajosa. Conoció Duroc que el joven monarca estaba muy satisfecho de ver que en París regia por fin un gobierno fuerte y moderado, y que le lisonjaba sobre manera el verse convertido en objeto de las solicitudes de Rusia y de Francia á un mismo tiempo, deseando con ardor hacer el papel de medianero, para el cual, si le sobraban deseos, le faltaban medios y talentos, mostrando, sin embargo, gran celo en llevarlo á cabo.

El éxito de este viaje dió en qué entender á las cortes europeas y tuvo eco en el mismo París. Comenzó en breve á arraigarse en los ánimos la idea de una pacificación cercana, y no contribuyó poco á propagarla una circunstancia harto especiosa y de poca importancia en sí misma. Los ejércitos franceses y austriacos se hacían frente á lo largo del Rhin y sobre las crestas de los Alpes y del Apenino. Los del Rhin estaban detenidos por un obstáculo bastante á impedir toda maniobra seria, porque pasar aquel río era para unos y para otros una empresa capital de esas que sólo se acometen cuando se quiere de veras entrar en liza. Pero había llegado el mes de frimario, es decir, el mes de diciembre, y no se podía pensar en semejante cosa, por lo cual las escaramuzas que se hacían en sus riberas sólo producían una estéril efusión de sangre. Convino en un armisticio para aquella frontera. En cuanto al de los Alpes y del Apenino era otro el caso. Una operación bien combinada en cualquiera de sus valles podía en medio de aquel país quebrado proporcionar una posición envidiable para renovar las operaciones; no se juzgó, pues, conveniente ponerse trabas por aquel lado, y no hubo allí armisticio. Pero hizo el acaso que sólo se fijase la atención en el que acababa de firmarse en el Rhin, y entre los cambios dichosos que á la sazón querían todos prometerse del nuevo gobierno se contó la posibilidad de una próxima pacificación.

Hay siempre en las calamidades públicas un mal real y un mal imaginario, contribuyendo el uno á hacer el otro insoportable. Calmar el sentimiento del mal imaginario es mucho conseguir en verdad, porque se disminuye el del mal real y se inspira al paciente resignación para esperar la curación completa, y sobre todo

una buena disposición para prestarse á ella. No esperar cosa alguna de un gobierno débil, humillado y que para reprimir las facciones echaba mano de las violencias sin lograr jamás ninguno de los resultados de la fuerza, era bajo el Directorio un punto de general asentimiento. Todo lo que él hacía se achacaba á mala parte, no se quería esperar de él bien ninguno, ni aun se quería creer en él cuando por casualidad proporcionaba alguna pequeña ventaja. La misma victoria que parecía haber vuelto á sonreírle en los últimos días de su existencia, y que tanta gloria hubiera proporcionado á otros, no había bastado siquiera para hacerle respetar (1).

El advenimiento del general Bonaparte, de quien era ya costumbre esperar todo, cambió aquella disposición. El mal imaginario estaba curado; había confianza, y todo parecía bueno. Las cosas en verdad eran buenas en sí, porque poner en libertad á los rehenes, decretar la soltura de los clérigos y manifestar intentos de paz á la Europa eran actos plausibles; pero lo que más valía era la propensión á considerarlos como tales. Una leve muestra de acesión, como el recibimiento hecho á un edecán; un armisticio de poca consecuencia, como el que acababa de firmarse en el Rhin, pasaban ya por garantías de pacificación: tal es el poder mágico de la confianza. Todo lo suple ella cuando la logra un gobierno que empieza á funcionar, y para el de los cónsules tenía un poder inmenso. El numerario afluía al Tesoro, del Tesoro pasaba á los ejércitos que, satisfechos con aquellos primeros auxilios, esperaban pacientemente que se cumpliesen otras promesas más tardías. A impulso de una fuerza reputada como superior á toda resistencia, sometíanse los partidos: los opresores sin pretensiones de seguir oprimiendo, los oprimidos con confianza de no volverlo á ser. Grande era ya sin duda el bien conseguido; mas todo lo que el tiempo no había permitido hacer, la esperanza lo suplía.

Con las noticias diarias que hacían circular los que habían trabajado con el joven cónsul, propagábase ya por todas partes el dicho de que este militar, en cuya línea no se colocaba á general ninguno del tiempo presente y casi á ninguno de los tiempos pasados, era además un administrador consumado, un político profundo. Ninguno de los hombres entendidos en los diversos ramos, de quienes se había rodeado, á quienes había oído con atención é ilustrado tal vez con la rapidez y exactitud de sus ideas y á quienes había protegido además contra obstáculos de todo género, se separaba de él sino subyugado y penetrado de admiración. Pregonábanlo con tanta más satisfacción por cuanto había llegado á ser en pocos días una verdadera moda pensarle y decirlo así. Vemos algunas veces que un falso mérito sabe por un momento granjearse el concepto público, fascinar los ánimos, y arrancarles las más terribles exageraciones; pero sucede también otras veces que el verdadero mérito y el genio inspiran esta especie

(1) Los hechos atestiguan, sin embargo, que después de la revolución del 30 pradiel no había carecido el Directorio de fuerza y de dignidad bastante á repeler las invasiones del territorio, triunfando además en Zurich y libertando á la Holanda. A pesar del déficit de su hacienda, había hallado aquel gobierno recursos para atender á muchos servicios diversos, y la coalición de 1799 estaba casi disuelta por el tacto y la energía desplegados en los últimos tiempos. (N. del T.)

de capricho, y entonces el capricho se convierte en una verdadera pasión. Un mes hacía apenas que el general Bonaparte había puesto mano en los negocios, y la impresión producida á su alrededor por aquella poderosa inteligencia era general y profunda. El buen Roger-Ducós no acertaba á volver en sí; el desapacible Sieyes, poco propenso á ceder á la moda, sobre todo cuando no era él el que la imponía, reconocía ya la superioridad, la universalidad de aquel genio de gobierno, y le tributaba el más puro homenaje dejándolo obrar por sí solo. A los encomiadores convencidos juntábanse los encomiadores interesados, que viendo en el general Bonaparte el caudillo seguro de la nueva república, no ponían coto ni medida á las muestras de su entusiasmo. Contaba además el general Bonaparte entre sus admiradores verdaderamente sinceros á Talleyrand, Regnaud de Saint-Jean d'Angeli, Rœderer, Boulay (del Meurthe), Defermón, Real, Dufresne, etc., los cuales repetían en todas partes que jamás se había conocido una prontitud, una seguridad y una capacidad de inteligencia igual, ni una actividad tan prodigiosa, y en verdad lo que él había llevado á cabo en un solo mes en todos los ramos del gobierno era inmenso, y la realidad, cosa poco frecuente, igualaba á las invenciones de la lisonja.

Mirábasele por todas partes como el hombre á quien la nueva constitución debía atribuir mayor parte en el poder ejecutivo. No se quería un nuevo Cromwell, preciso es confesarlo en honor de los hombres de bien de aquel tiempo; los mismos amigos del general repetían sin rebozo que los papeles de César y Cromwell *habían caducado ya*, y que eran indignos del genio y de las virtudes del joven libertador de la Francia. Queríase que se le permitiese gobernar la república haciéndola grande y dichosa por medio de una concentración eficaz de la autoridad en sus manos, con ciertas garantías de libertad. Tal era el voto de los revolucionarios moderados, que eran los más numerosos entonces. Los exaltados, que se obstinaban en mirar al joven general como un Cromwell y un César, deseaban sin embargo que tuviese el tiempo necesario para alejar á los austriacos y á los Borbones para asegurar sus cabezas y la posesión de sus bienes nacionales. Pedíanle los realistas que les librase de los revolucionarios y reconstituyese el poder; no carecían enteramente de una vaga esperanza de que se lo había de restituir á ellos después de reconstituido, en cuyo caso estaban dispuestos á retribuirle dicha restitución aun cuando fuese con el empleo de condestable de Luis XVIII.

Reconocían, pues, en él todos el poder supremo más ó menos completo, más ó menos duradero, y cada cual con miras diversas; así que el nuevo legislador Sieyes no tenía más remedio que hacerle un buen lugar en la constitución que preparaba. Pero era éste un legislador dogmático que seguía en sus trabajos, á su manera por lo menos, la naturaleza de las cosas, sin curarse de las circunstancias, y mucho menos de un hombre, cualquiera que fuese. La continuación confirmará nuestro aserto.

Mientras su infatigable colega gobernaba, habíase ocupado Sieyes en el encargo que le fué confiado. Dar á la Francia una constitución, no de esas constituciones efímeras, ridículo producto de la ignorancia y de

las pasiones de los partidos, sino una constitución sabia, fundada en la observación de las sociedades y en las lecciones de la experiencia, era el sueño de su vida: andaba ocupado sin cesar en aquellas meditaciones solitarias y dificultosas: había pasado en ellas en medio de los arrebatos irreflexivos pero sinceros de la Asamblea Constituyente, entre los sombríos furores de la Convención y las debilidades del Directorio. Había revisado y reformado su obra en cada época, pero fijábase por fin, y una vez fijado no quería alterar la más leve idea de su proyecto. Negábase á hacer el más pequeño sacrificio á las circunstancias de la época, y aun al mismo general Bonaparte, que era la circunstancia principal, y cuyo lugar era indispensable preparar de una manera amplia y ajustada al genio y carácter del que había de ocuparlo. Aquel extraño legislador, que andaba meditando siempre, pero que escribía tan poco como obraba, y eso que no obraba apenas, no había jamás escrito su Constitución. La tenía en su cabeza y era llegado el momento de darla á luz. La cosa no era para él muy hacedera, por grande que fuese su deseo de verla con vida y convertida en ley. Instábasele á que verificase prontamente su parto, y decidióse por fin en aquel apuro á comunicar su pensamiento á uno de sus amigos, Mr. Boulay del Meurthe, que se encargó de redactarla en las pláticas que juntos habían de tener. Sólo así se consiguió conservar con exactitud aquella concepción notable para transmitirla á la posteridad de la cual es verdaderamente digna.

Con un poderoso esfuerzo de ingenio había logrado Sieyes conciliar la república y la monarquía para tomar de una y otra lo más útil y necesario; pero al inspirarse de ambas había obrado con prudente desconfianza. Adoptó por un lado infinitas precauciones contra la demagogia y por otro contra el poder real. Llegó así á producir una obra profunda y complicada, pero donde todo se hallaba en correspondencia; y si aquella Constitución manejada por el general Bonaparte y en provecho propio se veía privada de uno de sus contrapesos, podía contra la intención de su autor recaer naturalmente en el despotismo.

El primer cuidado de Mr. Sieyes en sus combinaciones había sido preservarse de las pasiones demagógicas. Sin despojar completamente á la nación de aquella inmensa participación en los negocios públicos de que había usado con mal fruto para sí misma, quería él darla un poder de que no pudiera abusar. La voz de *gobierno representativo*, que quizá por la primera vez se pronunciaba entonces, da una idea exacta del estado de los ánimos en aquella época. Daba á entender esa palabra que la nación sólo había de tomar parte en su gobierno por medio de tercera persona, ó lo que es lo mismo, que debía ser tan sólo *representada*; y como veremos ahora, se quería lograr este fin de una manera disimulada é indirecta.

Las elecciones bajo el Directorio habían ido recayendo por turno en una época en realistas, en otra en jacobinos, y había sido menester excluir violentamente á los primeros en 16 fructidor, y á los segundos en 22 floreal. Resultaba de aquí que el sistema de elecciones, y sobre todo el de las elecciones directas, era para todos hartó sospechoso. Tal vez si hubiera habido decisión para reducir á ciento cincuenta ó doscientos mil el nú-

mero total de electores, hubiera sido posible reprimir nuevamente las agitaciones electorales; pero el reducir aquel gran cuerpo electoral á las pequeñas proporciones del nuestro, hubiera producido descontentos sin lograrse la tranquilidad. El número de doscientos mil electores para una nación que acababa de gozar del sufragio universal, hubiera parecido una especie de aristocracia; y además el que los electores, por poco numerosos que fuesen, nombrasen directamente sus mandatarios con libertad para ceder á todas las pasiones del momento, hubiera parecido renovar las reacciones continuas que se habían presenciado bajo el Directorio. La elección directa pero limitada, tal como existe hoy, estaba, pues, fuera de toda combinación. Sieyes con su habitual dogmatismo se había forjado la máxima de que *la confianza debe proceder de abajo y el poder de arriba*. Para realizar esta máxima imaginó el sistema de representación nacional que vamos á exponer.

Todo individuo de edad de veintiún años, de nación francés, tenía obligación de hacerse inscribir en un registro que se llamaba registro cívico, si quería gozar de sus derechos. De esta medida podía resultar un número de cinco ó seis millones de ciudadanos admitidos á ejercer sus derechos políticos. Debían reunirse por distritos (*arrondissements*: esta demarcación que aún no era conocida iba á ser propuesta) y designar á uno por cada diez. Esta designación debía producir una primera lista de quinientos á seiscientos mil individuos. Reunidos éstos á su vez por departamentos, y repitiendo la misma elección de uno por diez, producían una segunda lista comprensiva de cincuenta á sesenta mil ciudadanos. Por último, repetida por éstos la misma operación, y reducidos nuevamente á la décima parte, resultaba la última lista limitada á cinco ó seis mil candidatos. Estas tres listas se llamaban listas de notabilidad.

La primera, de quinientos á seiscientos mil individuos, llevaba el nombre de lista de notabilidad concejal (*communale*); de ella debían salir los miembros de las administraciones municipales, los de los consejos de distrito y sus correspondientes administradores, tales como los alcaldes (*maires*), los funcionarios que hoy llamamos subprefectos, los jueces de primera instancia, etcétera. La segunda lista, que comprendía de cincuenta á sesenta mil individuos, se llamaba de notabilidad departamental, y de ella debían entresacarse los consejeros de departamentos, los funcionarios llamados después prefectos, los oidores ó jueces de apelación, etc., en una palabra, todos los funcionarios de este orden. Finalmente, la tercera y última lista, que contenía de cinco á seis mil individuos, constituía la lista de la notabilidad nacional, y de ella habían de salir forzosamente todos los miembros del cuerpo legislativo, todos los funcionarios de orden superior, consejeros de Estado, ministros, jueces del tribunal de Casación, etc., etc. Para dar una idea exacta de esta representación nacional, la explicaba Sieyes valiéndose de una figura geométrica, ancha por la base y estrecha por la cúspide, y la llamaba pirámide.

Vemos, pues, que sin atribuir á la nación el derecho de designar por sí misma los mandatarios encargados de representarla, ó los funcionarios que la habían de gobernar, reducía Sieyes sus poderes á formar una lista de candidatos de la cual debían salir, así los represen-

tantes del país, como los agentes del gobierno. La masa de los ciudadanos debía sólo reunirse cada año para excluir de aquellas listas los nombres que se habían hecho indignos de figurar en ellas y substituirles otros. Es de notar que si por una parte aquel poder de designación era bastante indirecto, por otro abrazaba no solamente á todos los miembros de las asambleas deliberantes, mas también á los mismos funcionarios ejecutivos. Era, pues, la intervención nacional mayor y menor á un mismo tiempo que la que ordinariamente existe en el sistema representativo monárquico. Sin embargo, los agentes llamados á ejercer funciones de todo punto especiales, de esas que no suponen ninguna confianza política, como por ejemplo las de un mero oficinista, y los agentes destinados á llenar funciones de esas que por su dificultad exigen que se eche mano del hombre de mérito, doquiera que se le encuentre, como los generales y los embajadores, no tenían que salir obligatoriamente de las listas de notabilidad.

Vemos de qué manera hacía Mr. Sieyes según su máxima que *la confianza procediese de abajo*: vamos ahora á manifestar cómo hacía que *el poder descendiese de arriba*.

Bajo el influjo de las impresiones del momento temía las elecciones, porque acababa de ver á electores turbulentos nombrar representantes tan impetuosos como ellos. Esto le hacía renunciar á la elección y establecer que en las listas de notabilidad formadas por la confianza pública, pudiesen los poderes legislativo y ejecutivo designar sus propios miembros y constituirse así por autoridad propia. El único límite que les ponía era elegir en las listas de notabilidad. Pero antes de dar á conocer el modo de formarse los poderes, preciso es describir su organización.

El poder legislativo debía organizarse del modo siguiente: entraba primero el cuerpo legislativo propiamente dicho, colocado entre dos cuerpos contrarios, el tribunado y el Consejo de Estado; venía después aislado, y de superior categoría, el senado conservador.

El cuerpo legislativo debía componerse de trescientos miembros que oyesen la discusión de las leyes, sin discutirlos ellos, y que las votasen en silencio. He aquí por quiénes y cómo se agitaba la discusión.

Una sección ó cuerpo de cien individuos, que era el Tribunado, destinado á representar en aquella Constitución el espíritu liberal, discutiendo y promoviendo, recibía comunicación de las leyes, las discutía públicamente y emitía su voto sobre ellas, sólo para saber si ante el cuerpo legislativo debía desaprobárselas ó admitirlas. Nombraba en seguida tres de sus individuos para que se presentasen ante dicho cuerpo legislativo á mantener la opinión que había prevalecido en su seno.

Anexo el gobierno, para redactar los proyectos de ley, se establecía un Consejo de Estado, origen del que ahora existe, pero de mayor importancia y de más latas atribuciones; presentaba éste al cuerpo legislativo dichos proyectos de ley y comisionaba á tres de sus miembros para discutirlos contradictoriamente con los oradores del tribunado. Si el Consejo de Estado hablaba en *pro* y el tribunado en *contra* (por haber éste desechado la ley), el cuerpo legislativo votaba en silencio su adopción ó su denegación. Su solo voto daba carácter de ley á las proposiciones del gobierno. El Consejo de Estado debía